



DISCURSO

LEIDO AL INAUGURARSE EL NUEVO EDIFICIO DESTINADO AL SEMINARIO
DE CIUDAD VICTORIA, CON LA SOLEMNE DISTRIBUCIÓN
DE PREMIOS Á LOS ALUMNOS DEL MISMO, LA NOCHE
DEL 6 DE ENERO DE 1876.

Señor Gobernador:

TERMINARÉ con pocas palabras la fiesta, todavía de familia, con que ha cerrado el tercer año de su existencia nuestro Colegio Seminario. Habría deseado que fuera esplendísima. Habría querido obsequiar dignamente al *Senado y al Pueblo Victorense* (si me es lícito usar de esta clásica expresión) que ha concurrido en masa á ver coronar á los jóvenes alum-

nos que se han distinguido en la Religión y en las Humanidades, en la Filosofía y en las Letras. Pero ha sido imposible prepararlo todo con el fausto que anhelaba, y es ya mucho, Señores, el poderos convocar en el nuevo edificio, que se levanta majestuoso y digno de vuestra Capital.

Esta sala vastísima, cuyas frescas paredes proclaman su reciente construcción; ese espacioso pórtico, en que brilla el ébano cortado ayer en vuestros montes; las aulas y galerías aún no completamente terminadas, y los elevados muros de mi anexa residencia, os están demostrando cuánto se ha trabajado, cuánto se ha hecho, cuánto se ha progresado. En tiempos tan calamitosos para la Iglesia y sus ministros, en una diócesi sin elementos ni recursos, en una ciudad donde mucho se consume y casi nada se recoge, veis la obra material verdaderamente grandiosa que en pocos meses ha llevado á cabo mi naciente Gobierno.

Entretanto, mientras á costa de grandes sacrificios personales y merced á una actividad de que todos podéis dar testimonio, vuestro primer Obispo levantaba desde los cimientos el Colegio á que hoy apenas falta el coronamiento, las aulas, con no menos sacrificios, continuaban, como al principio, abiertas al público, y recibiendo alumnos desde los primeros rudimentos de lectura hasta las clases más elevadas.

Quien conozca nuestro escaso personal se asombrará de la multiplicidad de nuestras cátedras. ¡Todo lo puede la constancia, el trabajo y la actividad! Así es, Señores, que mientras yo recorría vuestros pueblos y bosques, vuestras ciudades y montañas en incesante misión, los

jóvenes clérigos á mi inmediato servicio, al par que me ayudaban en mi obra de evangelización, estudiaban asiduamente las ciencias sagradas. ¡Cuántas veces las ondas del Bravo escucharon con estupor nuestras disputas teológicas! ¡Cuántas veces los ramos de una palmera ó de un naranjo se tornaron en Universidad! Los frutos de este constante aprendizaje los habéis palpado esta mañana. Mis manos, que después de casi cinco años de laborioso episcopado, aún no se habían impuesto á Levita alguno, confirieron hoy el diaconado á uno de mis familiares y alumnos, entregaron al otro los místicos instrumentos de inferior ministerio. ¡Loado sea el Señor! ¿Qué podrémos darle en recompensa de los beneficios con que mitiga nuestra amargura y desolación?

Hoy hace tres años, ¿recordáis? os decía al inaugurar nuestro Colegio: "Una pobre casa sin comodidades ni lujo, y en que carecemos de muchas cosas necesarias, una pobre casa debida á la generosidad del Jefe del Estado, es la que nos sirve de albergue, es la que constituye nuestra *Alma Mater*." Hoy os digo, por el contrario: ¡Jóvenes alumnos! Id, id llenos de agradecimiento al generoso varón que os ha alojado, y entregadle las llaves de la casa que os prestó su benevolencia. Entregádselas, pero al mismo tiempo decidle: No destinéis, Señor, á usos ajenos á la beneficencia pública, el edificio que hasta aquí habéis consagrado á las Letras. Tampoco, Matamoros, tienen sus hospitales civiles; Tula acaba de abrir su hospital católico: sólo en la Capital carece la humanidad doliente de un asilo donde halle el remedio á sus males. Destinad á tan noble objeto la casa que agradecidos os devolvemos: la caridad católica, no lo dudéis,

proveerá á las necesidades de los enfermos y desvalidos que en ella se refugien.

Hoy hace tres años (tornaré á recordarlo) os decía desde la Cátedra de la verdad: “¿Veis la mezquina techumbre que ahoga mis palabras? ¿Veis los toscos pilares que sostienen la poco graciosa arquería?” Hoy os digo en cambio: Mirad, mirad elevarse sobre esbeltas columnas los arcos elegantes que nos recuerdan el gótico esplendor de la religiosa Edad-Media, y sólo aguardan la gigante bóveda que no ha de tardar en cubrirlos. ¡Dad gracias al Señor! A esta Catedral provisoria seguirá otra Basílica verdaderamente grandiosa, que si la Providencia me sigue socorriendo y vosotros no me negáis la libertad, empezaré á construir antes de muchos años.

Al ver, Señores, lo que he hecho en tiempo tan breve, me aventuro á rectificar algunas palabras que pronuncié en mi ya citada Homilía. “Yo no espero, dije, cosechar lo que siembro, yo no sueño con ver coronado el edificio cuyos cimientos acabo de abrir.” ¡Ah! No disipéis mis ilusiones, si ahora os aseguro que empiezo á alimentar la esperanza de ver en época no muy remota el fruto de mis trabajos.

He vencido cuantos obstáculos se me han presentado; he salido ileso de todas las crisis porque la Providencia me ha hecho pasar; he creado los elementos materiales que absolutamente faltaban. Réstame crear los elementos morales, y si Dios me ayuda, yo los crearé. Se requiere urgentemente un cuerpo selecto de hábiles profesores para mi Colegio. La muerte y la deserción me han arrebatado á quince de mis clérigos en un breve espacio de tiempo; mi pequeña patrulla de sacerdotes

queda apenas reducida á veintidos (de los cuales sólo quince en el Estado de Tamaulipas); y ¿quién no ve la necesidad de cubrir tantas bajas?

¡Es terrible cosa el ser abandonado por Dios! Los pueblos que han quedado sin sacerdote, han sabido ahora cuánto valen aquellos á quienes antes quizás ultrajaron, y piden á voces pastores que los apacienten, párrocos que pongan un dique, al par que á la inmoralidad siempre creciente, á la decadencia material inseparable de la primera. Mientras se forman Levitas en mi Seminario, es preciso traer de fuera á los segundos; los primeros en todas circunstancias tienen que venir de otras regiones, si queréis que el cuadro sea perfecto, y ponerlos en la educación al nivel de otros pueblos.

Voy á traerlos, Señores. Por el momento mis ovejas de la Huasteca Veracruzana reclaman mi presencia; pero pasada la Semana Mayor, si la Santa Sede me otorga su soberana licencia, iré fuera de la diócesi, y áun al extranjero, si es preciso, en busca de dignos operarios. Desde ahora os pido para ellos, lo que á mí me habéis dado, y lo que no niega ningun tamaulipeco: hospitalidad, paz y libertad. Podéis estar seguros que quien venga en pos de mí no será atraído por intereses mundanales; justo será, pues, que á quien viene para vuestro provecho le concedáis al menos la libertad del sacrificio.

Doy las gracias (permitidme mencionar nombres) á nuestro generoso banquero D. Pablo Lavin, sin cuyos cuantiosos anticipos no habría podido llevar á cabo mi empresa, y á quien soy aún deudor de algunos millares. Merecen igualmente nuestra gratitud así el Señor Rector D. Pascual Aguirre, como vuestro Párroco D. Mariano

Gutiérrez, no sólo porque han contribuido con su trabajo personal, sino porque han cedido en beneficio de nuestro Colegio gran parte de sus emolumentos. Si no trascendiera, Señores, á algo de vanidad, reclamaría también vuestro reconocimiento para algunos de mis inmediatos parientes y amigos, á quienes yo personalmente debo mucho, y son por consiguiente acreedores á vuestros recuerdos.

¡Jóvenes! Estoy satisfecho de vuestros adelantos, y me es grato manifestároslo antes de partir. En lo futuro, con más profesores, en casa más espaciosa, con mayores comodidades, podréis consagraros al estudio con mayor provecho y animaros más en vuestras difíciles tareas.

¡Diocesanos todos, á quienes mi palabra llegare! Veis que hasta aquí no he ahorrado sacrificio alguno por la educación de vuestros hijos, y que, á pesar de mi angustiada situación financiera, no falta quien reciba gratuitamente en mi Colegio, al par que la educación moral, el sustento y algunos otros favores. Os ofrezco mayores franquicias aún para lo futuro, y cuando la Providencia me acabe de libertar de las deudas que para la fábrica material he contraído, podré consagrar mayores sumas á la alimentación gratuita de un número más considerable de alumnos.

Como no tendré por mucho tiempo otra oportunidad de dirigiros la palabra, aprovecho esta ocasión para manifestaros cuán satisfecho estoy de las dos escuelas católicas de niñas de la Capital. Las Señoras de la Sociedad Católica son acreedoras á un voto de gracias por la asidua solicitud con que visitan el establecimiento á ellas encomendado y cuidan de la niñez desvalida.

Al hablar de educación femenil, de ilustración, de esperanzas para lo futuro, estoy cierto, Señores, que vuestro pensamiento vuela con el mío á las prendas queridas que tenemos del otro lado del Bravo. Es verdaderamente afortunada Tamaulipas con tener á su disposición los Conventos de Laredo y de Brownsville, que fuera del alcance de las tempestades que acostumbran agitar á nuestra patria, están bastante cerca para colmarnos de beneficios. Me complazco en ver que los padres de familia han comprendido esta verdad, y no han retrocedido ante ningún sacrificio, cuando se ha tratado de proporcionar á sus hijas la sólida y cristiana educación que allí suministran las Monjas Ursulinas y las del Verbo Encarnado. Yo, padre de todos vosotros, pero muy particularmente de la infancia, habria tenido á mengua el no secundar vuestros generosos instintos; y para nadie es un misterio, Señores, que no sólo con mi influencia de Prelado y amigo, sino también con una porción (aunque harto mezquina) de mi privado peculio, contribuyo al sostén de uno de esos establecimientos, procurando al mismo tiempo el provecho de mi pueblo. No es maravilla, que la Envidia zahiera de vez en cuando mi cariñoso afán por cooperar al cultivo de las escogidas flores que hemos encomendado á las Vírgenes del Señor. ¿Queréis que quien no ve germinar en torno suyo más que abrojos y espinas, pueda sufrir sin inmutarse el aroma de ajeno jardín? ¿Queréis que quien á otro mide por sus propias dimensiones, comprenda la generosidad de quien se despoja de lo propio, y trabaja sin cesar en provecho del prójimo? ¡Imposible, Señores! Por eso dejo á esa negra pasión que despedace á quien la nutre en su

seno, y fiel discípulo del Cordero *qui pascitur inter lilia* continúo cifrando mis delicias y las esperanzas de mi diócesi, en el pensil fragante de que han de brotar tantos lirios de pureza, tantas rosas de amor divino, tantos girasoles de desprecio del mundo.

¡Jóvenes Seminaristas! Me despido por largo tiempo de vosotros; pero mi corazón queda en este plantel, hijo primogénito de vuestro primer Prelado, y dado á luz á costa de tantas privaciones y de tantos padecimientos. No desmayéis, aunque no todo llegue desde ahora á la perfección que anhelárais. No es éste el primer colegio en cuya fundación he tomado parte activa, ya como alumno, ya como maestro, y conozco por propia y larga experiencia las dificultades que en toda fundación hay que vencer. Antes bien, yo os aseguro que en la actual he tenido que superar menos que en otras, y que lo único que me ha hecho una que otra vez vacilar, es el no encontrar en mi empresa toda aquella oposición que experimentan en su principio las obras de Dios.

Por el contrario, torno á decirlo, desde vuestro primer Magistrado hasta el último Victorense, todos han comprendido el paso agigantado en el camino de la civilización, que se dá con fomentar este plantel y abrir este vasto edificio. ¡A todos acompañará mi eterno reconocimiento!

Vosotros id entretanto á reposar de vuestras fatigas, y á mostrar orgullosos á vuestras familias las medallas que he colocado en vuestro pecho. Si alguno, por acaso, os hablare del *oscurantismo* del clero, hacedles mención de esta noche tres veces venturosa, y contadles que el primero que trajo á la Capital de Tamaulipas las ma-

ravillas de la electricidad, fué su primer Obispo. He querido, Señores, hacer sonar la campana que ha indicado las particiones de nuestra fiesta literaria, por medio del voltaico aparato, para anunciaros con este motivo, que si ahora os he traído un jugueteillo, más tarde proveeré mi Ateneo con un gabinete de Física.

Señor Gobernador: No os ofendáis si he querido que presida á esta fiesta Aquel á quien todos debemos acatar, y á quien se dobla toda rodilla en el Cielo, en la Tierra y en el Infierno. Ahí tenéis delante al Corazón adorable de Nuestro Redentor, nuestro refugio y nuestra única esperanza. Contemplad esa magnífica escultura, cincelada diestramente allende los mares, y presentádamela para vosotros en mis nativas montañas, por mano generosa y amiga. Que esta bella imagen haga que no se borre de nuestra memoria Aquel á quien representa.

Ahí lo tenéis, grabado por admirable buril, bajo otra forma que tanto me place, y que á vosotros, no lo dudo, os cautivará. Es el Buen Pastor, el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas; el Buen Pastor, mi modelo y mi guía. Él haga que siga yo sus difíciles huellas, y que todo lo dé por vosotros, áun la sangre si fuere preciso.

Y aquí muy cerca ved retratados con vivos colores á nuestro augusto Pontífice el gran Pío IX, que me envió á vosotros, y que no os olvida en su pastoral solicitud... ¡Rindámosle el tributo debido de veneración y reconocimiento!

De muchas cosas os he hablado, Señores, en mi breve y casi inconexo discurso. Espero me perdonaréis, considerando cuán pocas son las ocasiones que tengo de habla-

ros, fuera del sagrado recinto del templo. Os doy las gracias por la atención que habéis prestado á mi discurso, y por el realce que vuestra presencia ha dado á esta festividad. Os encomiendo á todos mi querido plantel, y ruego al Cielo haga llover sobre vosotros todo género de bendiciones.



DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA SOLEMNE CONSAGRACIÓN DEL ALTAR MAYOR
DE LA IGLESIA MATRIZ DE TAMPICO
EL 3 DE MARZO DE 1878.